

# La casa de Fermina Daza. Retrato de Gabo con loro al fondo

**Fermina Daza's House. Portrait of Gabo with a Parrot in the Background**

**A moradia de Fermina Daza. Retrato de Gabo com papagaio no fundo**

## Sergio Rodríguez Blanco

Estudió Periodismo en la Universidad Complutense de Madrid con una estancia en la Universidad de Siena (Italia), el Diplomado en Creación Literaria del Instituto Nacional de Bellas Artes y el Doctorado en Historia del Arte por la UNAM. Premio Nacional Bellas Artes de Literatura 2009 en México y Premio Nacional de Ensayo sobre Fotografía 2014. Ha publicado el libro *Alegorías capilares* (Trilce, 2011) y colabora con el periódico *Reforma*, con *Gatopardo*, *Nexos*, *Chilango*, *El Malpensante* y *Nierika*. Ha sido tallerista de la Fundación García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano y beneficiario de la beca Jóvenes Creadores del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes de México en la categoría “ensayo creativo”.

Crónica

Documento accesible en línea desde la siguiente dirección: <http://revistas.javeriana.edu.co>

doi:10.11144/Javeriana.CL18-36.lcfd

### Cómo citar este texto:

Rodríguez Blanco, Sergio. “La casa de Fermina Daza. Retrato de Gabo con loro al fondo”. *Cuadernos de Literatura* 18.36 (2014): 115-122. <http://dx.doi.org/10.11144/Javeriana.CL18-36.lcfd>



UN LORO OXIDADO, desde encima de la aldaba, mira hacia la plaza Fernández de Madrid que está a mis espaldas. Los ojos de la mujer de servicio desaparecieron detrás de la rejilla de hierro forjado. Es la única que trabaja en la casa solariega cuando los dueños no están. Ha ido a buscar al guardián y no quiere que nadie husmee a través del portón pintado de blanco que permanece cerrado con sus veintisiete estrellas de bronce color liquen. Las puntas redondas de estos astros permiten sospechar que se trata más bien de un firmamento marino.

Es un cielo para piratas.

Gabriel García Márquez ubicó aquí la casa de soltera de la altiva Fermina Daza, la protagonista de *El amor en los tiempos del cólera*, una novela ambientada en una población imaginaria que se parece en todo a Cartagena de Indias a principios del siglo XX. Cada día, para obtener una mirada furtiva de su amada, el joven Florentino Ariza iba al parque de los Evangelios y fingía leer poemas sentado a la sombra de los almendros, desde el escaño menos visible de los que rodeaban la estatua de un héroe decapitado. Enfrente quedaba una residencia que en la ficción se describe como “una de las casas más antiguas, medio arruinada, cuyo patio interior parecía el claustro de una abadía, con malezas en los canteros y una fuente de piedra sin agua”.

Justo ahora, entre la casa y la estatua del héroe que conserva su cabeza, están dos ancianos. Juegan 51 desde la mañana, pero han dejado la baraja y se han separado de un grupo de nueve amigos. Discuten, como quien habla de política, sobre lo que sucede en la copa de los árboles:

—Mira: él le lleva la pelusita a la hembra.

—Sí, para hacer la canastita donde poner los huevitos.

Un chirrido que proviene del lado derecho del portón anuncia a Deiby, un vigilante con dientes grandes. Se coloca justo en la rendija para impedir que el intruso vea lo que hay adentro: un patio largo con arcadas, plantas frondosas y una habitación donde gira un ventilador.

—Usted no es el primero. No hace tanto tiempo un argentino lloró parado aquí en la puerta porque también quería entrar.

—¿Y lo logró?

—Sí... pero tuvo mucha suerte. Rogó como quien le pide milagros a un santo. Casi se arrodilla y lo dejaron entrar. Es que ese día estaban los administradores. Vienen casi tan esporádicamente como los dueños, que están en Filipinas.

—¿Y si lloro me dejarás entrar?

Me responde con una carcajada. Lleva cinco años trabajando para los actuales dueños, una familia filipina que compró la casa hace siete y pintó la fachada de blanco para ponerle un sello propio a un edificio que cuenta más de cuatrocientos

años y ya ha pasado por muchos propietarios. Pero Deiby ya conocía la mansión. Antes de dormir aquí adentro una noche sí y otra no, era de quienes la conocen como “la casa de don Benito”.

\*

Don Blas Benito de Paz Pinto huyó de España justo después de que la Inquisición quemara en la hoguera a su prometida Ximena, a su hermano y a su tío. Era un judío converso portugués que arribó a Cartagena en el siglo XVII, en busca de fortuna con la trata de esclavos. Puso su oficina en la planta baja de la casa y empezó a enriquecerse. Pero su suerte le duró poco: sus esclavos lo acusaron de practicar el judaísmo en el interior de la casa y la Inquisición lo aprehendió por hereje. Dicen que la noche previa a que lo llevaran preso escondió bajo la ventana de la escalera unos mechones de cabello rubio que había traído de Europa. Dicen que poco después murió en brazos de san Pedro Claver. Desde entonces, hay quien asegura que las noches sin luna la sombra de aquel dueño atraviesa el zaguán y examina el lugar donde dejó la única parte de Ximena que no consumieron las llamas.

Los Echevarría Olózaga, una de las familias más ricas de Colombia y dueños de la multinacional Corona, un imperio de diecisiete plantas de manufactura con sucursales en Estados Unidos, China y México, fueron los dueños de la mansión antes de que la familia filipina la comprara. La casa les perteneció durante más de una década, aunque la pisaron poco. Estaban muy mayores, así que solo iban cada dos o tres años. En aquel tiempo, Deiby trabajaba para la nuera de los Echevarría, que vivía cerca de acá. Y varias veces tuvo que llevarle recados al único celador que la habitaba entonces.

Cuando cruzaba el portón, le llegaba una ráfaga fría de olor a humedad. No provenía de la fuente de piedra, porque en ese entonces estaba seca. Venía de las paredes centenarias y del salitre del mar, el enemigo de la arquitectura de Cartagena.

\*

—*Rogó como quien le pide milagros a un santo.*

—*¿Y si lloro me dejarás entrar?*

\*

Hace un par de años, una mañana soleada en Cartagena, sonó la aldaba. Deiby abrió la puerta y se encontró con un personaje inesperado. Más que el espíritu de don Benito en la ventana, era Gabriel García Márquez en persona. El escritor llegó con su esposa y uno de sus hermanos. Entró en la casa con su bastón, atravesó el largo zaguán al que dan las puertas laterales y se sentó en el

jardín. El tono de Deiby cambia: “La madre de la patrona los atendió. Tomaron café y charlaron un buen rato. Fue emocionante conocer a una persona como él”.

La novela dice que justo allí, donde Gabo se tomó el café, Fermina Daza tenía una jaula con seis cuervos perfumados. Antes de conocerla, Florentino Ariza se dirigió a este lugar para entregarle un telegrama a su padre. Le abrió la criada y lo acompañó, descalza, bajo las arcadas de un corredor habitado por herramientas de albañiles y cajas de mudanza, porque la mansión, comprada dos años antes por los Daza, estaba sometida a una remodelación profunda. Al volver al portón, Florentino escuchó voces y se asomó por la ventana del cuarto de coser. Fermina, que estaba leyendo con su tía, le propició una mirada casual. Fue el origen de un cataclismo de amor que tarda más de cincuenta años en consumarse. Deiby me devuelve a la realidad.

—El día a día en esta casa, cuando está sola, no es tan mágico. A veces se fastidia uno. Para nosotros vivir aquí es un trabajo como cualquier otro. Somos dos hombres y nos vamos turnando la noche: hoy duermo yo aquí, mañana duerme mi compañero. Y lo mismo con los fines de semana.

\*

—¿Y si lloro me dejarás entrar?

\*

Años ochenta, cerca de las dos de la mañana. Gabriel García Márquez y Jaime, su hermano menor que lo visitaba desde Santa Marta, salieron de parranda. Jaime no se percató de si había luna nueva, pero lo que sí recuerda es que el escritor se detuvo justo allí, frente a la casa de don Benito. El nivel de la plaza estaba casi dos metros más bajo que hoy en día. No habían enterrado los cables eléctricos, que entonces atravesaban los edificios por encima de los árboles. La residencia tenía la fachada amarilla y en la puerta el mismo loro vigilaba el mismo parque encima de la misma aldaba, rodeado de las mismas estrellas de ocho puntas. Gabo estaba trabajando en su primera novela después de recibir el Nobel: *El amor en los tiempos del cólera*.

—Aquí va a vivir Josefa Cárcamo.

—Pero, Gabito, Cárcamo es un apellido de Sucre y todos los personajes tuyos tienen origen guajiro.

—Eso es irrelevante. A mí lo que me interesa es la sonoridad del nombre.

Jaime García asegura que entre los suyos, como en casi todas las familias colombianas, la divergencia de opiniones es la energía de la vida. En Colombia, dice, es conveniente no coincidir: “Aquí si hay dos personas de acuerdo en algo es porque se van a robar una plata o van a matar a alguien”.

Transcurrieron dos meses desde aquella noche, y en otra de sus visitas el Nobel volvió a llevar a Jaime al mismo punto. Había un cambio:

—Aquí vive Fermina Daza.

—¡Ay, Gabito, te agradezco que me hayas traído especialmente para decirme! ¿Eso quiere decir que quitaste a Josefa Cárcamo porque yo tenía razón?

—Eso es irrelevante. Lo que pasa es que el nombre de Fermina Daza es mucho más sonoro y funciona mucho mejor para la novela que el de Josefa Cárcamo.

\*

—¿Y si lloro me dejarás?

\*

En una familia de once hermanos regida según Jaime García por el “azar bendito” y el destino, a él le tocó nacer en Sucre en 1940. También le tocó ser el que tiene la fama de haber desarrollado la oralidad a su máxima potencia.

—Dicen que de todos yo soy el que habla más que una puta presa —insiste en un café literario donde sirven pescado frito.

Es la noche previa al encuentro con Deiby. Acaban de dar a conocer que García Márquez fue hospitalizado en Ciudad de México por un resfriado. Nadie en Cartagena imagina que se ha abierto la primera página del último capítulo del escritor, cuyas líneas finales narrarán la muerte de Gabo un Jueves Santo, después de un eclipse lunar y antes de un terremoto de 7,2 grados. Pero ahora Jaime brinda por su hermano y dice que con él siempre trató de llevar a cabalidad una consigna: el buen confidente es el que olvida las cosas que no se deben revelar. Su hermano Eligio García dijo alguna vez que Jaime era el *calanchín* de Gabo, un vocablo muy colombiano que hace referencia a la complicidad, en este caso fraternal.

—Mi hermano Yiyo decía que primero viene la confianza y luego viene el *calanchinaje*.

La relación entre Gabo y Jaime se basó en la fricción de opiniones, el rechazo de la condescendencia y, sobre todo, el placer de la conversación. El escritor tendía a creer en la fantasía absurda de la vida, mientras que Jaime, ingeniero de profesión, trataba de buscarle sentido científico a lo aparentemente inexplicable. En una ocasión, en el mercado que se encuentra a la vuelta de la casa de don Benito, hallaron el suelo lleno de naranjas que parecían haber sido colocadas ahí por manos cuidadosas. Jaime pasó toda la noche sin dormir para resolver el enigma:

—Yo relacioné la forma en que habían caído las naranjas con la manera en que se desparrraman las moléculas de agua. Y Gabito me dijo que con esa obse-

sión por explicar todo se echan a perder los cuentos. Siempre discutíamos por eso. Él por escritor y yo por racional.

Ser el hermano que más habla y el confidente de García Márquez es un peso que le produjo más de un mal sabor de boca. Durante unos años, la demencia senil de Gabriel García Márquez fue un secreto a voces. En 2012, Jaime García confirmó públicamente que superar el cáncer linfático había acelerado en Gabriel García Márquez una condición que era prácticamente el destino de su familia.

—Lo tuvo mi madre, ahora lo tiene Gabito y yo a veces siento que también voy perdiendo la memoria.

Su madre, Luisa Santiaga, cuando ya era una anciana, apareció un día recitando por doquier los poemas que había aprendido en el bachillerato sesenta años antes. La señora repetía los versos como un viejo loro costeño. Ante la escena, su hermano Alfredo “Cuqui” García Márquez dijo, como una broma que resultó ser premonitoria: “Parece como si fueras un casete que se estuviera desenrollando hacia el pasado”. Jaime le narró esta anécdota a Gabo y el escritor, como si estuviera conjurando su propio futuro, le respondió que tenía una frase parecida para definir el desgaste de la memoria predestinado a algunos miembros de su familia: “Es como una mancha de aceite que se extiende hacia atrás, hacia el pasado”. Dar la noticia, dice Jaime, fue un alivio para todos, y especialmente para el Nobel y su familia. Cuando Gabo visitó Cartagena en abril de 2013, la gente, que ya sabía de la fragilidad de su memoria, lo saludaba con respeto y complicidad.

—Hicimos una parranda enorme. Todos lo abrazaban. Aquella vez, en casa de Gloria Triana, Gabito, cuando me vio, se puso de pie. Yo avancé y él me dijo públicamente: “Yo sé que te quiero mucho, yo sé que te quiero muchísimo”. Quizá no me había reconocido, pero la memoria del instante funciona y sabía lo más importante. Eso era lo que necesitaba: la vida.

Esto le hace recordar la noticia que acaba de poner a los periodistas del mundo con un ojo en Ciudad de México y otro en Cartagena.

—A cada rato dicen que Gabito está muerto y eso es un gran dolor.

En todas las ocasiones que llegó un rumor así, Jaime García llamó por teléfono a México y le pidió a la secretaria que lo comunicara con su hermano. La conversación siempre inició de la misma forma porque llevaba implícita una estrategia: hacerle recuperar la memoria de forma momentánea a través de la repetición de cierta retahíla recitada como la diría un ave parlante y exótica: con el mismo tono, con las mismas palabras, con la misma cadencia de la primera vez: “Gabito, soy Jaime, el sietemesino, el ahijado tuyo”.

\*

—¿Y si lloro?

\*

Antes de dedicarse al cine, Rodrigo García Barcha, el hijo mayor de Gabo, estudió historia medieval en Harvard. En alguna ocasión su compañero de cuarto le preguntó si conocía los libros de un escritor colombiano llamado Gabriel García Márquez. Si bien aquel estudiante tardó mucho tiempo en descubrir quién era en realidad el padre de su compañero colombiano, lo que Rodrigo probablemente nunca imaginó fue que, *muchos años después*, la familia de su *roomate* filipino compraría una mansión en Cartagena e invitaría a Gabo a tomar café. Ese loro que está encima de la aldaba desde la Colonia lo recibió en la puerta. Junto a la mesa de la tertulia, los arcos se reflejaban sobre un espejo de agua que los nuevos dueños mandaron a construir en el lugar de la fuente de piedra, que eliminaron. No les gustó. Entre sorbos de café, García Márquez volvió a conocer la casa que tres décadas atrás había imaginado como el lugar desde donde Fermina Daza pasaba las horas mirando el parque de los Evangelios.

\*

—¿Y si...?

\*

En *El amor en tiempos del cólera* no se menciona que el portón de la casa fuera blanco, ni estrellado ni que tuviera un loro de bronce encima de una aldaba, pero la mente de los escritores funciona como las fugas de agua: emergen por donde uno menos se lo espera. Un loro real de Paramaribo, “que sólo sabía decir blasfemias de marineros, pero que las decía con una voz tan humana que bien valía su precio excesivo”, aparece en otra parte del libro: aquella residencia de columnas dóricas a donde se muda Fermina Daza cuando se casa con el doctor Juvenal Urbino, famoso por haber paliado el cólera (y por su posición social). El pájaro de cresta amarilla, amaestrado por el doctor Urbino durante veinte años, canta ópera, conversa en francés y latín, ladra como un perro y tiene más privilegios que sus propios hijos. Juvenal Urbino muere de forma patética, al tratar de bajar al loro del árbol de mango de su patio. Florentino Ariza aprovecha el funeral para volver a aparecer cincuenta años después de que Fermina lo rechazara.

De entre todas las aves posibles, García Márquez decidió que un loro de piratas fuera el detonador capaz de reavivar el amor enterrado.

Después de tomarse el café, el Nobel no pudo ir al balcón desde cuyos encajes se habría asomado Fermina, de haber existido. Tampoco subió al tercer nivel de la casona. Si lo hubiera hecho, habría visto un jacuzzi que la familia filipina mandó hacer en la antigua terraza —ahora mirador— y que solo se utiliza cuando van de vacaciones. La última vez que funcionaron sus burbujas fue en diciembre pasado. Quizás si Gabriel García Márquez, quien se nutría de la realidad para elaborar sus novelas, hubiera imaginado a Fermina Daza en un jacuzzi, la sonoridad de su nombre conocería otros derroteros.